

# EL GENIO Y LA INFANCIA

## PEPITO ARRIOLA

**S**iempre exige la Naturaleza, para nacimiento del fruto, la muerte de la flor; para que se hinche la semilla y la pulpa jugosa envuelva en sus dulzuras la rudeza del germen, es preciso que los soles de estío marchiten los pétalos que hicieron brotar las sonrisas de la primavera; y aun para asegurar la llegada a buen término de esas mismas flores, es preciso que no se apresuren a nacer, que broten, si tempranas, no precoces; triste símbolo es la flor de almedro, muerta por las escarchas de la suerte funesta reservada a toda germinación que se anticipa. Hay, sin embargo, un florecimiento que puede, en ocasiones, reunir lo fructífero a lo precoz; hay flores tempranas que perduran: son las flores del genio, nacidas en la primavera de la vida, brotes soberanos del espíritu, única planta inmortal.

Sin embargo, no son todos felices; la mayoría de los niños precoces mueren prematuramente, como si el cuerpo no hubiese podido resistir al exceso de presión espiritual; otros se

marchitan, el genio se pierde evaporado en el malgaste de actividad de los primeros años, fuego de pólvora agotado en unos cuantos sonoros estallidos, en unas cuantas lucecillas fugaces. Hay niños para quienes su precocidad es martirio; les ahogan las iniquidades de la explotación, a muchos otros destruyen en germen las complacencias y halagos de una vanidad mal entendida. Algunos, pocos — quién sabe si los únicos en que el genio existía verdaderamente —, se abren camino, y sus nombres quedan a través de los siglos irradiando esplendores propios en el libro de la Historia.

La lista de los niños precoces no es escasa; casi todos los hombres ilustres han tenido niñez extraordinaria; no que hayan todos realizado maravillas en su primera edad, pero casi todos han demostrado desde muy pronto excepcionales aptitudes para el arte o la ciencia que más tarde habían de honrar con sus trabajos.

En poesía, desde Ovidio, el gran poeta romano, que obligado en la niñez por su padre a prestar juramento de no hacer versos — el amor a la poesía le distraía, sin duda, de sus tareas escolares —, hace, sin querer, versos al jurarlo, se multiplican los nombres de niños poetas. Dante, enamorado a los diez años, rimaba a esa edad cantos en honor de su patria. Tasso escribía también a los diez años. Calderón compuso a los trece su obra *El carro del cielo*. De Lope de Vega se cuenta proeza semejante. Todo el mundo sabe la infancia extraordinaria de Víctor Hugo, de la cual tanto se ha hablado recientemente con motivo del centenario del ilustre artista, y es cosa digna de notar cómo casi todos estos poetas tempranos en el producir, lo son también en el amar — precoces en la vida como en el arte—. En España tenemos un notabilísimo ejemplo, casi actual, de precocidad poética extraordinaria. El niño José Rodríguez Cao, que, muerto antes de cumplir los quince años en 1868, dejó escritos cuatro voluminosos libros de poesía, novela, historia y prosa rítmica; a su muerte, los más ilustres escritores de entonces, V. Ruiz Aguilera, Manuel Cañete, Manuel del Palacio, Alcalá Galiano y otros muchos, hicieron una edición de sus obras completas, que terminaron con una corona poética en homenaje del malogrado niño.

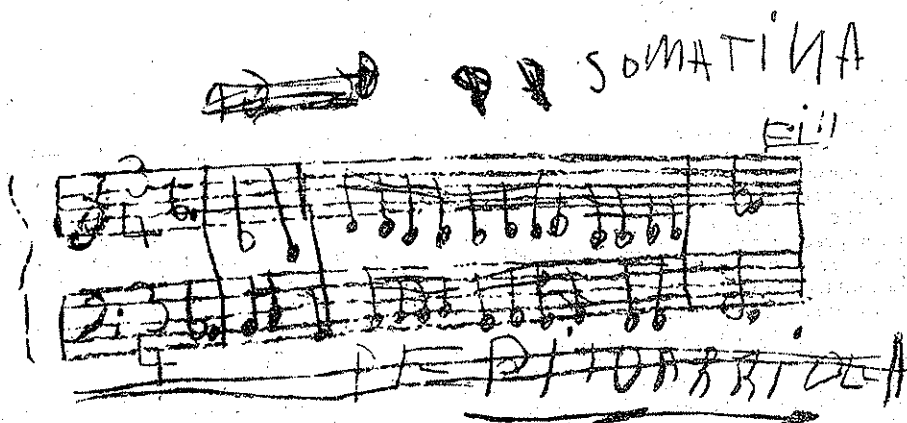
Entre los escritores contemporáneos supervivientes, podrían citarse no pocos ejemplos.

En pintura, es célebre entre todos Rafael Sanzio (el niño de Urbino). Existe una poética leyenda que refiere cómo a los nueve años ganó, en un concurso de pintura sobre porcelana,



Pepito Arriola a los cuatro años de edad

la mano de la hija de su maestro, bellissima joven que el padre había ofrecido al que mejor desarrollase, pintado sobre una ánfora, un asunto bíblico. Rafael, cuya habilidad pictórica era ignorada, ganó el premio, y, reservándose el honor, cedió la mano de la hermosa a un su amigo, pintor harto mediano, pero muy enamorado de la joven y por ella correspondido.



Autógrafo musical, naturalmente disparatado, de Pepito Arriola antes de cumplir los cuatro años de edad:

Carlos Vernet, notable pintor francés, sobresalía en el arte del dibujo a los catorce años. Cuéntase de Miguel Angel que a los diez y seis años copió directamente en mármol, sin haber manejado el cincel en su vida, la cabeza de un fauno antiguo. Por cierto que la hazaña— que excitó la admiración de muchos de sus ilustres contemporáneos — costó bien cara al novel artista, porque uno de sus compañeros de taller, exasperado por la envidia, le rompió la nariz de un golpe, dejando en su rostro huella perdurable.

En oratoria, es célebre el caso de Mirabeau, predicando a los tres años sermones morales; bien conocida es también la historia del famoso Pico de la Mirandola, orador notable a los diez años, y conocedor, a los diez y ocho, de 22 idiomas; pero el arte que más contingente ha dado a la lista de niños precoces, y, sobre todo, aquel en que las aptitudes se han demostrado desde más tierna edad, es el de la música. Conservan a porfía la historia y la leyenda nombres célebres de niños músicos: Hændel, Haydn, Mendelssohn, Weber, Schumann, Listz, Rossini, Chopin; pero de todos, el más notable hasta ahora había sido el caso de Mozart, que, habiendo empezado a los tres años el estudio de la música, era a los siete pianista notable y compuso antes de esa edad piezas encantadoras.

José Rodríguez Arriola, Pepito Arriola, como le llama todo el mundo, es el más prodigioso de los niños precoces, porque su genio ha comenzado a manifestarse mucho antes que en ningún otro de los casos conocidos; a los treinta meses tocaba el piano correctamente, sin aprendizaje previo (¿y cómo es posible que hubiese existido!) de ninguna especie. Nació este niño en Betanzos, en la hermosa tierra de Galicia, donde tantas glorias han brotado para el arte patrio, el día 14 de diciembre del año 1896. Por lo tanto, acaba de cumplir seis años.

La madre de Arriola es también pianista de gran mérito y muy artista; cuéntase de ella que a los cinco años ejecutaba con rara maestría composiciones musicales de gran dificultad; pero venciendo durante toda su vida los pudores de mujer al deseo de renombre artístico, ha permanecido constantemente recluida en el hogar, sin dar a conocer su talento más que a los íntimos o muy allegados.

La revelación del genio musical de Pepito Arriola se hizo cuando el niño sólo contaba 30 meses: había su madre, en presencia de varios amigos, interpretado una jota; salió poco después del gabinete, dejando al niño solo; asombrada, oyendo repetidas en el instrumento las melodías que ella acababa de interpretar, volvió a la estancia para averiguar quién era el ejecutante, y vió, casi con terror, a su hijito sentado al piano y tocando con perfecta y tranquila seguridad. La impresión causada en la madre por el maravilloso descubrimiento fué tan honda, que estuvo a punto de costarle la vida.

Desde aquel momento, las aptitudes musicales del niño se desarrollaron rápidamente. Sin instigación ajena de ninguna clase, pues la madre, temiendo que la vida sobrenatural del espíritu matase a la del cuerpo en el niño, nunca consintió que se le apremiase, ni aun que

se le inclinase al estudio, aprendía y ejecutaba con facilidad incomprensible cuanta música oía, demostrando desde el primer momento gusto refinadísimo, que llega a manifestarse en explosiones de malhumor cuando se le obliga a escuchar música mala.

Pasado algún tiempo, viendo la madre que la salud del niño era perfecta y que su afición y aptitud musical aumentaban de día en día, decidió trasladarse a Madrid, con el fin de matricularle en el Conservatorio y dar así adecuado cultivo a sus facultades. Vino, pues, a la corte; pero no realizó su propósito, porque en el Conservatorio existe un reglamento que no permite la admisión de alumnos hasta que éstos hayan cumplido la edad de ocho años.

Cerradas así para el niño las puertas de la ciencia oficial, emprendió, bajo la dirección materna, sus estudios formales; en la tarde del 4 de diciembre de 1900, es decir, antes de cumplir los tres años, dió el portentoso niño un concierto en el salón Montano, ante numeroso público, compuesto en su mayoría de profesores y críticos musicales.

En aquel concierto ejecutó maravillosamente la Marcha Real, un preludio de Power, la jota y el coro de Gigantes y Cabezudos, una fantasía sobre motivos de Lucía, el minué de la zarzuela La Viejecita y gran número de peteneras y guajiras.

El triunfo, naturalmente, fué inmenso; el público quería comerse a besos al chiquillo prodigioso, y él, niño antes que todo, porque la precocidad del talento no ha desflorado, en su feliz infancia ninguna de las gracias de ingenuidad y alegría, contagiado del entusiasmo ajeno, excitado por los aplausos, batía las palmas lleno de gozo, y gritaba, imitando en su media lengua las exclamaciones de la concurrencia: ¡Bavo, bavisimo, bavisimo!

—¿De dónde sacas la música— le preguntó un ilustre espectador—. ¿Cómo aprendes todo eso?

—De aquí, de aquí nada más— contestó el muñeco artista—. Y aprendo yo solito. La prensa del siguiente día reflejaba asombro y entusiasmo sin límites.

«No creemos — decía *El Imparcial* — que haya habido jamás nada semejante a esta criatura maravillosa...»

«Es — decía *La Época* — un fenómeno musical sin precedente.»

*El Globo*: «El niño Pepito R. Arriola tiene 36 meses de edad y ya toca el piano con maestría. El caso es extraordinario.»

*La Correspondencia de España*: «El niño Arriola maravilló a los concurrentes al concierto. La ovación fué indescriptible. A la fiesta asistieron notables músicos y profesores del Conservatorio, y todos se mostraban conformes en que no hay noticia de maravilla semejante.»

*Blanco y Negro*: «No pudimos menos de prorrumpir en aplausos entusiastas ante aquella manifestación extraordinaria del genio. Es de esas cosas que sólo viéndolas se creen; es una de esas manifestaciones del poder divino ante las cuales la razón tiene que rendirse y la lógica prosternarse.»

Poco después, el 26 de diciembre, llegada hasta las gradas del trono la noticia del portentoso, se organizó un nuevo concierto en el Real Palacio; allí, en presencia de S. M. la Reina,

Tiempo de marcha.

PIANO.

The image shows a musical score for piano. It consists of two systems of music. The first system has a treble clef on the right-hand staff and a bass clef on the left-hand staff. The second system also has a treble clef on the right-hand staff and a bass clef on the left-hand staff. The music is written in a simple, rhythmic style characteristic of a march. There are some markings above the notes, possibly indicating fingerings or accents.

Reproducción de los primeros compases de la *Marcha militar* de Pepito Arriola.

# Habanera Aurora

PARA PIANO

POR EL NIÑO DE TRES AÑOS

PEPÍN RODRÍGUEZ ARRIOLA

Tempo de Habanera

PIANO

The first system of musical notation consists of a grand staff with a treble clef on the upper staff and a bass clef on the lower staff. The key signature has one flat (B-flat), and the time signature is 3/4. The music begins with a piano (*p*) dynamic and a mezzo-forte (*mf*) dynamic. The melody in the treble clef features a characteristic habanera rhythm, with eighth and sixteenth notes. The bass clef provides a steady accompaniment.

The second system continues the piece, maintaining the piano (*p*) and mezzo-forte (*mf*) dynamics. The melodic line in the treble clef continues with rhythmic patterns typical of the habanera style. The bass clef accompaniment remains consistent, supporting the overall mood.

The third system shows the continuation of the musical piece. The dynamics are still marked as piano (*p*) and mezzo-forte (*mf*). The treble clef staff shows a melodic phrase with a slight upward contour, while the bass clef provides harmonic support.

The fourth system introduces a *cresc* (crescendo) marking, indicating a gradual increase in volume. The melodic line in the treble clef becomes more active, with more frequent notes and some slurs. The bass clef accompaniment also shows some rhythmic variation.

The fifth and final system on the page concludes the piece. It features a *poco rit* (ritardando) marking, followed by a *tempo* marking. The dynamics are marked as piano (*p*). The music ends with a final cadence in the treble clef, while the bass clef accompaniment provides a steady foundation.

First system of musical notation. Treble clef, bass clef. The right hand has a melodic line with a slur and a fermata. The left hand has a bass line with a slur. The tempo marking *poco rit* is present in the right hand.

Second system of musical notation. Treble clef, bass clef. The right hand has a melodic line with a slur and a fermata. The left hand has a bass line with a slur. The tempo marking *a tempo* and dynamic marking *p* are present in the left hand.

Third system of musical notation. Treble clef, bass clef. The right hand has a melodic line with a slur and a fermata. The left hand has a bass line with a slur. The dynamic marking *mf* is present in the right hand.

Fourth system of musical notation. Treble clef, bass clef. The right hand has a melodic line with a slur and a fermata. The left hand has a bass line with a slur. The dynamic marking *mf* is present in the right hand.

Fifth system of musical notation. Treble clef, bass clef. The right hand has a melodic line with a slur and a fermata. The left hand has a bass line with a slur. The dynamic marking *mf* is present in the right hand.

First system of musical notation, featuring a treble and bass clef. The treble clef contains a melodic line with eighth and sixteenth notes, including a triplet of eighth notes. The bass clef contains a bass line with chords and single notes. The word *cresc* is written in the middle of the system.

Second system of musical notation. The treble clef continues the melodic line with a slur over a group of notes. The bass clef continues the bass line. The word *f* is written in the middle of the system, followed by *poco rit* and *à tempo* with a *p* dynamic marking below it.

Third system of musical notation. The treble clef features a melodic line with slurs and ties. The bass clef continues the bass line with chords and single notes.

Fourth system of musical notation. The treble clef continues the melodic line. The bass clef continues the bass line. The word *poco rit* is written in the middle of the system, followed by *à tempo* with a *p* dynamic marking below it.

Fifth system of musical notation. The treble clef continues the melodic line with a triplet of eighth notes. The bass clef continues the bass line. The word *f* is written at the end of the system.

la princesa de Asturias, las infantas doña Isabel y doña Teresa y algunos invitados, ejecutó el niño varias difícilísimas piezas de su repertorio.

La reina y la infanta Isabel, admiradas, felicitaron a la madre y al niño, brindándole protección. El, sin turbarse ante los esplendores de la majestad, respondía con gracia y despejo a cuantas preguntas se le dirigían y hacía observaciones ingenuas, hablando de *tú* a todo el mundo y doliéndose de no ver al rey.

Después de esto, la familia del niño se vió constantemente solicitada por entusiastas y

explotadores; menudeaban las peticiones, por todas partes cundía el deseo de escuchar al precoz artista; pero la madre se negó a las exhibiciones aparatosas, y sólo consintió que su hijo se dejase oír en una velada que se celebró el 31 de diciembre en el Círculo de la Unión Mercantil. Allí ejecutó por primera vez en público la primera de sus composiciones, una *Marcha militar*, que dedicó a S. M. el Rey don Alfonso XIII. La segunda de sus composiciones, *Paso-doble Arriola*, fué por él dedicada a la infanta Isabel.

Otro ruidosísimo éxito alcanzado por Arriola fué el que obtuvo en el Ateneo de Madrid el 2 de febrero de 1900.

Componían el programa la *Alborada* de Veiga, una *Serenata* de Viani, una *Sonata* de Beethoven y la *Marcha militar* de Arriola; a las piezas anunciadas añadió el diminuto pianista, obligado por el entusiasmo del público, varios preciosísimos aires populares. El Ateneo honró al artista nombrándolo socio de mérito.

Esta revelación de un artista genial despertó, como era de suponer, curiosidad vivísima. Por la casa del niño Arriola desfilaron no sólo músicos ilustres, sino también personalidades salientes en todos los órdenes de la humana cultura. Todos, llevados por curiosidad un tanto incrédula, salieron admirados, casi espantados del prodigio, porque el niño a todas horas y ante todo el mundo, como pájaro que canta porque ha nacido para cantar, ofrecía los frutos de su inspiración maravillosa. Entre los visitantes de entonces figuró el ilustre compositor Vicent D'Indy, autor de la trilogía: *Wallenstein*. Asombrado como todos, y aún más que los profanos en el *divino arte*, indicó a la familia Arriola su deseo de presentar al niño en el Conservatorio de París. Arriola fué allí; ha recorrido después varios países extranjeros — Alemania, Bélgica —, siendo en todos objeto de entusiastas distinciones, aprendiendo idiomas con la misma facilidad que música. Estudios sabiamente dirigidos y continuados con constancia, perfeccionan de día en día sus aptitudes. Hoy tiene aprobados siete años



Pepito Arriola a los cinco años y medio.

de piano y solfeo. A principios de invierno ingresó en el Conservatorio de Leipzig para hacer oposición al *gran premio* de dicha institución. Próximamente figurará como profesor de la célebre *Filarmónica de Berlín*, cuyo director, Arturo Nikisch, es actualmente su preceptor artístico.

Arriola improvisa a todas horas, y varias de sus composiciones han sido escritas por él. Ha compuesto e instrumentado también una gran sinfonía, que será ejecutada por la misma *Filarmónica*.

Recientemente, y en ocasión de celebrar el sexto aniversario de su natalicio, dió en su residencia de Leipzig una sesión de carácter íntimo a la cual invitó a las personalidades de la capital más notables en materia artística. El concierto revistió el carácter de verdadera

solemnidad; formaban el programa, entre otras piezas, los dos rondós (*Op. 30*) de F. Hünten, los cuales ejecutó con gran pulcritud, mereciendo aplausos unánimes por su pasmosa seguridad y su precisión en atacar las notas, sin que ninguna de ellas le fallase. En cuanto a la interpretación, fué también, a juicio de los inteligentes, verdaderamente notable. Al finalizar esta pieza, entusiasmado por la ovación que se le tributaba, el precoz artista sentóse de nuevo al piano, repitiendo el mismo trozo diferentes veces, pero cambiando de tono en cada una de ellas, rasgo que pinta un genio, pues los inteligentes en la materia saben cuán difícil es leer una partitura transportándola mentalmente a tono distinto. Lo notable del caso es que el niño Arriola ejecutaba estas transposiciones como si se tratase de la cosa más sencilla del mundo. Una tempestad de aplausos dió fin a tan memorable velada.

Esta es, contada a grandes rasgos, la historia del niño artista. Su salud perfecta y robustísima constitución, hacen esperar que no sea para él la precocidad indicio de prematura muerte. España espera de él días de gloria, acaso los primeros conquistados en el campo de la música, pues España, tan pródiga en genios cultivadores de las demás artes bellas, y país por añadidura donde a todas horas se canta, no ha alcanzado todavía la suerte de contar entre sus hijos ninguno de los grandes maestros que hacen época en el arte musical.

MARCIO GRECO

(De "Hojas Selectas", de Barcelona, núm. correspondiente al mes de marzo de 1903.)



Pepito Arriola actuando en el concierto celebrado en La Coruña, en 1911, bajo el patrocinio de la Sociedad Filarmónica de aquella localidad.

(Dibujo del natural, realizado por el notable artista don Rafael Barros Merino, actual director de la Escuela de Artes y Oficios marinedina.)



# PEPITO ARRIOLA

Aunque es la de un niño  
tu mano pequeña,  
si abierta la pones,  
sobre el melodioso marfil de las teclas,  
en tu mano infantil cabe el mundo;  
tal ríe de alegre, tal llora de triste,  
tal vibra de inmensa.

Yo tuve en mis manos tu mano divina,  
y la abrí como un ala de seda,  
y la abrí cual la cola de un pájaro,  
buscando en sus dedos la dulce cadencia:  
la llevé, por un juego, a mi oído,  
y al rozarme tu mano entreabierta,  
al rozarme tus líricos dedos,  
sentí una levisima orquesta,  
diabluras de flautas,  
clarinetes nasales que juegan,  
trompas que simulan  
estampidos y salvas de guerra,  
y, tomando tu brazo por mástil  
de un violín inmortal que sintiera,  
fui bajando a tu pecho mi oído  
tras la fuente de clara belleza:  
no se hallaba en tus dedos el ritmo,  
ni en tu brazo de líricas cuerdas,  
ni en tu pecho de hueco sonoro,  
como estuche de un arpa que tiembla:  
¡¡¡ en tu gran corazón resonaba  
la grandiosa y magnífica orquestal

Es tu pecho la caja de música,  
la caja estupenda,  
llena de martillos  
y de diagonales y armónicas hebras:  
tu pecho es el piano repleto de claves,  
timbrado de escalas egregias,  
lleno de enigmáticos y oscuros registros  
cual ópera inmensa,  
por la que se extienden sobre los pentágramas  
las notas en largas hileras,  
igual que hormigueros que líricos zumban  
con las alas de música abiertas,  
y ríen y lloran, suspiran y cantan,  
sollozan y truenan.

Si tú eres la música misma,  
si tú eres la dulce colmena,  
rubia de panales,  
rica de cadencias,  
si tú eres la mata azulosa  
del romero en que trémulos entran  
y salen cantando  
los insectos ardientes que vuelan,  
y tu pelo es un casco de luces  
que a granel se desborda y destrenza  
cual si tu talento  
se volviese un torrente de cuerdas;

si tú eres quien zumbas, y vibras, y cantas,  
deja que con arco de armónicas hebras  
te roce en el pecho, violín prodigioso,  
y arranque una música que asombre a la tierra!

Un violín puesto en pie me parece  
que contiene la santa belleza,  
me da miedo el oírte, ¡oh, prodigio!,  
¡oh, divino milagro, me ciegas!  
Escuchad, escuchad: los violines  
dentro de él se creyese que suenan;  
ríen flautas detrás de sus labios  
y una lira en su espíritu vela.  
Silencio, silencio: sus dedos destilan  
diez dulces fluidos de leves cadencias,  
y gotean los hilos de oro  
de tu cabellera,  
como armónicas notas de un arpa  
que canta y que reza.  
Aun más leve se siente la música,  
ya es tan sólo un rumor de floresta,  
mata de romero celeste y sonora  
donde rubias entran,  
y salen cantando,  
y retornan, y cruzan, y vuelan,  
susurrando su canto de mieles,  
las libres abejas.

Si es que Dios, raro niño, en ti tuvo  
de esconderse la mágica idea  
y en ti vive hecho ritmo, hecho notas,  
hecho música grande y suprema,  
descubre el sagrario en que escondes  
a Dios si en tu pecho lo llevas,  
y caeremos de asombro las almas  
rendidas en tierra.

Y si eres tan sólo el prodigio  
que Dios modeló con su diestra,  
niño milagroso, niño incomparable:  
¡bendito mil veces, bendito tú seas!

SALVADOR RUEDA



(Dib. de José Ramón Villar.)